

Humanismo desde el punto de vista cristiano*

*Glacinto Berloco***

Agradezco al señor presidente de la Asamblea Legislativa, don Danilo Chaverri Soto, su amable invitación para tomar parte en esta Mesa Redonda sobre "EL Humanismo hacia el siglo XXI", junto con tan apreciados participantes.

Me corresponde el honor de desarrollar, conforme a lo que me sea posible expresar en un tiempo inevitablemente limitado, el tema "Humanismo desde el punto de vista cristiano"; lo que resulta en cierto sentido casi una redundancia: en efecto, el contenido humanístico está hermandado estrechamente con la misma Revelación cristiana.

En la visión cristiana de la historia y de la vida humana, hay dos intervenciones divinas que marcan la medida de la naturaleza y la dignidad del hombre. En primer lugar, el libro del Génesis nos habla cómo Dios, después de haber creado todas las cosas, las plantas y los animales, por último, creó al hombre diciendo: "Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra". Y el Concilio Vaticano II comenta que "esta semejanza demuestra que el hombre es la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma" (Gaudium et Spes, 24).

El ser humano es la sola criatura que participa del dominio de Dios sobre el mundo, que puede dialogar con Dios, que puede penetrar en lo más íntimo de sí mismo y de la naturaleza y sobre todo que puede amar y que "no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás (Gaudium et Spes, 24).

Así comprendemos la exclamación estupefacta del Salmista: "¿Quién es el hombre para que acuerdes, el hijo de Adán para que de él te cuides? Apenas inferior a un Dios lo hiciste, coronándole de gloria y de esplendor; le hiciste señor de las obras tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies" (salmo 8, 6-7)

La segunda intervención de Dios que es de forma cabal el misterio del hombre y le confiere todo su valor es la encarnación del Hijo de Dios. "Cristo nuevo Adán -dice el Concilio— en la misma revelación del misterio del padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre sublimidad de su vocación" (Gaudium et Spes, 22)

Según las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia el humanismo es "una visión global del hombre y de la humanidad" (Pop. progr. 13, 1967). La Iglesia, experta en humanidad, tanto por las luces que le vienen de lo alto como por veinte siglos de conocimiento acumulado sobre el ser humano, ha ofrecido y continúa ofreciendo al mundo de hoy, el humanismo abierto éste necesita.

El humanismo es, asimismo, "el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres" como es tan hermoso giro lo dejara expresado el Papa Pablo VI (Ib 42). Tan vigorosamente penetró en el ánimo de las gentes esa manifestación, que cabe decir que el desarrollo es por ello también la palabra nueva del humanismo. Bien entendido que cada uno de esos términos de aceptarse y comprenderse a la luz de una antropología definida por el carácter trascendental que per-

* Exposición en la Mesa Redonda "Humanismo hacia el siglo XXI" organizada por la Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica, 6 de abril de 1994.

** Nuncio Apostólico, nació en Altamura (Bari) Italia, Sacáandote católico, Doctor en Teología y Licenciado en Derecho Canónico. Entró en el Servicio Diplomático de la Santa Sede en 1972. Ha prestado sus servicios a las Representaciones Pontificias en Costa Rica, Holanda y España. Pro-Nuncio en Zimbawe y Nuncio en Costa Rica.

tenece a la estructura más profunda de la persona humana (Cf. Gaudium et Spes 76).

Es que para que tenga sentido conforme a la alta dignidad de la persona, el humanismo debe ser abierto esto es, que comporte una apertura trascendental, que haga patente lo Absoluto, a Dios mismo. Escuchemos siguiente argumentación del Pontífice mencionado

"Es un humanismo pleno el que hay que promover. ¿Qué quiere decir esto sino el desarrollo integral de hombre y de todos los hombres? Un humanismo, cerrado impenetrable a los valores del espíritu y Dios a que es la fuente de ellos, podría aparentemente triunfar. Ciertamente, el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero al fin y al cabo sin Dios no puede de organizarla contra el hombre. El humanismo es un humanismo inhumano' (H. De Lubac, le drame de ('humanismo athée, p. 10). No hay, pues, que un humanismo verdadero que se abre a lo absoluto. En el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose. Según la tan acertada opresión de Pascal: 'El hombre supera infinitare al hombre' (Pensées, n. 434)" (Pop. progr. 42).

Para hacer posible ese humanismo cristiano ha para optarse por quien manifestó "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Así se entiende la siguiente consideración del mismo Pablo VI:

"Por su inserción en el Cristo vivo, el hombre tiene camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un humanismo trascendental que le da su mayor plenitud tal es la finalidad suprema del desarrollo personal" (Ib. 16).

B humanismo, para que sea digno de la persona humana debe elevarla "a los conceptos más altos de la verdad, el bien y la belleza, y al juicio de valor universal... con todo lo cual el espíritu humano, más libre de la esclavitud de las cosas, puede elevarse con facilidad al culto y a la contemplación del Creador (Ib. 57). En ese mismo documento bien se explica la naturaleza intelectual de la persona humana se acciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien. imbuido por ella, el hombre se alza por medio de lo visible hacia lo invisible" (Ib.15).

También el genuino humanismo debe hacer posible un sano y necesario pluralismo de expresiones culturales y formas particulares de civilización. Bien sé que una de las dimensiones sustantivas del cristianismo es su carácter universal: es un llamado a todos los seres humanos, de todos los tiempos y lugares, sin exclusiones.

En esta exposición escalonada y ascendente de la concepción que el cristianismo tiene y anhela que otros tengan del humanismo, corresponde señalar que el verdadero humanismo debe recabar y asimilar las aportaciones enriquecedoras de los pensadores profundos. El citado Pontífice así lo expresó:

"Sí para llevar a cabo el desarrollo se necesitan técnicos, cada vez en mayor número, para este mismo desarrollo se exige más todavía: pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores superiores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación. Así podrá realizar, en toda su plenitud, el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas" (Pop progr. 20).

A la par de la concepción expuesta, sectores de la humanidad con frecuencia solo han tenido acceso a visiones y valoraciones parciales del ser humano. A lo que bien se ha denominado concepciones reductivas de la persona que, particularmente en nuestro siglo, han desembocado en el "humanismo" que ha sido calificadas de cerrado, sin horizontes, clausuradas trágicamente entre las perplejidades angostas de la negación de Dios. Volviendo a citar a Pablo VI, él llegó a decir de esta visión incompleta de la persona que "No es una liberación (del hombre), sino un drama que intenta apagar la luz del Dios vivo" (Eccl. suam 93, 1964). Unos años antes, el Papa Pío XII manifestó que tal mutilado "humanismo" tiende "a la violación de la organización natural de la sociedad humana tal como Dios la ha querido, y a la mutilación del hombre" (L'importance 13,1950).

El 26 de febrero anterior Su Santidad Juan Pablo II, con ocasión de tratar cuestiones relativas al I Centenario del Nacimiento de San Maximiliano Kolbe, llegó a manifestar:

"Cuando el hombre quiere crear una civilización que excluye a Dios del propio horizonte, realiza crímenes horribles y desastres terribles. Siempre que los hombres han querido construir su ciudad sin los valores que proceden del 'ser de Dios', han terminado por edificar entre ellos muros y barreras".

"Sí no existe una verdad trascendental -manifiesta el mismo Juan Pablo II en la Encíclica "Centesimus Annus"- con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres: los intereses de clase, grupo o Nación, los contra-

ponen inevitablemente unos a otros. Si no se reconoce la verdad trascendental, triunfa la fuerza del poder, y cada uno tiende a utilizar hasta el extremo los medios de que dispone para imponer su propio interés o la propia opinión, sin respetar los derechos de los demás" (Cent. A. n. 44).

Nuestro siglo ha visto que se ha intentado implantar "humanismos" que, en el lugar de lo Absoluto y de lo Necesario, han pretendido poner finalidades sociales utópicas y divinizadas. (Cf. Eccl. suam. 97).

En la larga historia de lo que hemos convenido en llamar HUMANISMO CRISTIANO, ha habido muchos autores que han enriquecido el pensamiento humano con sus valiosas aportaciones. Entre ellos quisiera recordar al gigantesco Agustín de Nipona (354-430), de quien puede decirse con toda plenitud que es uno de los humanistas más grandes de todos los tiempos, en cuyo criterio siendo como es Dios causa de la existencia del hombre, razón del conocimiento y orden para la vida, tenga consecuentemente el hombre una dimensión, una exigencia y una necesidad divinas; lo expresó lapidariamente así: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en tí" (Confesiones 1,1). Dejando de lado a muchos nombres gloriosos, apenas voy a mencionar a Sto. Tomás de Aquino (1225-1274), a Blas Pascal y, en tiempos más cercanos a nosotros, a Gabriel Marcel, a Xubiri, a Julián Marías y al muy conocido Jacques Maritain (1882-1973), autor de la obra "Humanismo integral" (1936).

Todos los humanismos que se inspiran en el mensaje cristiano se caracterizan porque su núcleo original responde a la antropología cristiana: modo cristiano de entender al hombre. Esa antropología se fundamenta en realidades naturales conocidas por la luz de la razón y en las realidades sobrenaturales provenientes de la fe, compatibles las unas con las otras, y tal antropología se extiende a toda la existencia humana: terrena y eterna.

Las cualidades esenciales de la antropología cristiana son: el hombre es criatura de Dios, con capacidad y vocación de destino trascendente; está dotado de alma espiritual y consecuentemente inmortal, lo mismo que de cuerpo material; es libre el hombre, señor naturaleza y ser social; ha caído en pecado y ha sido redimido por Cristo.

No le queda más remedio al hombre contemporáneo que discernir entre las diversas concepciones de la persona y elegir la más conforme con su dignidad y alto destino.

La reflexión acerca del hombre, su dignidad y sus derechos, ha hecho mucho camino en los últimos tiempos, pero a veces, frente a la realidad de guerras fratricidas, frente a los fenómenos de la extrema pobreza en la que viven millones y millones de seres humanos, frente al subdesarrollo intelectual, cultural y económico de muchos sectores de población y has pueblos enteros, son legítimas las preguntas: ¿Qué tipo de humanismo estamos forjando? En el umbral siglo XXI. ¿qué podemos hacer para que haya humanismo auténtico que desarrolle todas las potencialidades del ser humano?

El Concilio Vaticano II, conociendo bien la situación del mundo y manifestándose conforme a la esperanza, como corresponde, ha certificado el acercamiento del mundo a un humanismo nuevo, de manera:

"Somos testigos de que está naciendo un mi humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia" (Gaudium et Spes, 55). Afirma, asimismo, que "Se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones de vivir y razones para vivir y para esperar" (Ib. 31).

Hay, entonces, que elegir y elegir bien. O siguen los hombres el camino de la libertad, del progreso, de la fraternidad, o se desvían por el sendero intransitable de la esclavitud, el retroceso, el odio y la intolerancia (Gaudium et Spes, 9).

La Iglesia ha hecho y continuará haciendo un llamamiento a todos para que la humanidad elija el camino del humanismo verdadero: el de la razón y la fe, el del desarrollo y la solidaridad, el de la justicia y la paz.